



BLACKOUT

por Jordi Armengol Carner

Todo empezó aquella noche, en aquel pub de La Zona Franca, el distrito de la vieja ciudad de Barcelona, con una cena a cargo de la Corporación Waevung: Una Zaibatsu importante, tal y como la habrían llamado en el este asiático, una gran multinacional. Buen contrato, pagas dobles, incentivos y vacaciones pagadas.

Fuimos a parar a aquel local de mala muerte que Castillo, mi compañero, parecía conocer de otras ocasiones para hacer tiempo antes de nuestra cita y para desviar cualquier atención que pesara sobre nosotros o sobre el trabajo que teníamos que completar aquella noche. El ambiente no estaba tan cargado como en otros locales en los que había estado en los últimos meses. Se podía respirar sin terminar con la garganta cargada de Sico-flesh, la droga de moda en media Europa, media hora después de haberte sentado en una mesa.

La cena estaba recalentada y pasamos un buen rato charlando de temas banales mientras bebíamos cerveza negra barata. La música sonaba como algo parecido a una fusión electrónica de música celta. El camarero calvo y sudoroso recorría la barra con la camiseta blanca de tirantes llena de suciedad, como si se hubiera estado arrastrando como un cerdo por los márgenes del Llobregat toda la tarde, detrás de alguna ramera que le hiciera bajar la calentura de entre las piernas. En el brazo derecho llevaba un tatuaje militar de colores fosforescentes que brillaban en la penumbra. El símbolo de los Cuerpos Especiales del Ejército Irlandés.



Castillo se sentaba delante de mí, incapaz de mantener una conversación de más de cinco frases seguidas tal y como era habitual en él, mientras las luces de neón rojo de un cartel de Guinness le iluminaban la cara intermitentemente. Su mirada seguía la barriga sucia del camarero por todo el bar. No había demasiada animación aquella noche en el local. De hecho se podría afirmar que estaba relativamente vacío. Un borracho apoyado en una columna de madera al otro lado de las mesas, junto a la puerta de entrada, se levantaba de vez en cuando tambaleándose y soltaba sus vómitos sobre el suelo de neo-plast gastado. Luego volvía a sentarse en su taburete de madera a dormir la borrachera mientras se frotaba la cara con la manga limpiándose el sudor y los restos de la cena.

Un africano con rastas y gafas de sol con montura de titanio tenía demasiado aspecto de gángster como para serlo realmente. Controlaba todo el local mientras simulaba tomarse su bebida, con los nervios crispados, esperando que sucediera algo imprevisto. Probablemente se trataba de algún POL encubierto, quizá narcóticos, controlando el patio con los ojos bien abiertos, como un búho en plena noche de caza. Finalmente, en el margen izquierdo del local, una vieja profesional del Red Light del viejo Raval montándose a conciencia con un tipo veinte años más joven que ella, con todo el aspecto de estar empleado en el astro-puerto como mozo de carga o técnico de tercera categoría.

Extraje un cigarrillo de un paquete arrugado de Ducados del bolsillo de mi chaqueta de piel y cabeceé en dirección al camarero cuya barriga mi compañero no había dejado de observar en ningún momento. "Me está poniendo nervioso" masculló Castillo. Aquella noche estaba especialmente tenso. Le sonreí mientras encendía el cigarrillo y tragué una rápida calada antes de volver a mirarle. El reflejo del camarero en las gafas de mi



compañero se volvió más y más brillante. Después se detuvo, como si se hubiera tratado solamente de una alucinación. El local se volvió negro durante unos instantes, una bajada en picado de la presión sanguínea. Fue un "Blackout" en toda regla, tal y como lo llamaba Castillo, mientras perdía completamente la consciencia y el cigarrillo se me caía de la boca.

Cuando la oscuridad se fue y vi a mi compañero mirarme de aquella forma, se podría decir que me habían caído los globos oculares y me colgaban de los nervios por debajo de los párpados. El sudor se volvió helado en mi espalda y miré a la superficie de la mesa y un destello cegador de intensa luz blanca y pura me hizo caer hacia atrás perdiendo el sentido.

Me encontré en el suelo con Castillo arrodillado delante de mí con sus gafas a pocos centímetros de mi cara. Cuando apartó la cabeza, pude ver la oronda barriga del camarero, el cual me miraba con cara de asco mientras le decía a mi compañero que no quería psicotrópicos en su local y que ya podía agarrarme y salir conmigo por la puerta por la que habíamos entrado.

"¿Qué te ha pasado, colega?" me preguntó Castillo, mientras me ayudaba a reincorporarme y yo intentaba fijar la mirada en la estantería llena de botellas del pub. La luz de los neones me resultaba extrañamente molesta.

"Un jodido Blackout" le contesté con la mejor voz que surgió de mi garganta en ese momento, mientras me apoyaba en él y nos acercábamos a la puerta del local. El rasta no apartaba la mirada de mi pellejo mientras cruzamos el pub por delante de su mesa y con muchos problemas conseguí no resbalar con el vómito perpetuo del borracho de la entrada.



En la calle, un acogedor hedor de podredumbre nos dio la bienvenida al exterior, mientras la fría llovizna nocturna empezó a acariciarme la cara, resultando casi como una bendición. Castillo me dejó con la espalda apoyada en la pared de ladrillo del callejón, junto a las escaleras que subían hasta la calle, y yo le respondí que ya me encontraba mejor mientras me agaché doblando las piernas y apoyando las manos sobre las rodillas. Mi cabeza había empezado a aclararse y ya podía fijar la vista en cualquier punto de la lejanía sin marearme o ver una imagen borrosa.

Mi compañero me miraba fijamente bajo sus gafas, sentado en las escaleras, de una forma que yo conocía perfectamente, como si pudiera ver la expresión de sus ojos por debajo de los cristales cromados. No pude evitar una risa sarcástica, casi atragantándome, y le volví a mirar sonriendo. "No he tomado nada. Sabes perfectamente que lo dejé hace demasiado tiempo."

"Si, hace mucho tiempo. Podrías haber caído otra vez y tendrías muchos motivos para evitar que nadie se enterara" me respondió mi compañero.

"Claro que tendría motivos para esconderlo" le respondí. "Pero tampoco soy tan imbécil como para querer conseguir una salida directa de la Waevung de esta forma." Castillo apartó la mirada y contempló durante unos instantes un chorro de agua que caía de una tubería justo delante suyo, al otro lado del callejón. "No he vuelto a caer." Insistí. "Entonces cuéntame cómo lo has hecho para que los ojos se te hayan desorbitado y se hayan convertido en dos esferas blancas a la vez que has empezado a sacar espuma por la boca como un maldito epiléptico. Por qué no te dedicas al teatro...?" me respondió. "...te aseguro que tendrías futuro." No supe qué responderle.



Comencé a revisar mentalmente todo lo que sabía de efectos secundarios sobre toda la basura que me había llegado a meter en el cuerpo, hasta aquel otoño en Marraquesh en que finalmente conseguí dejarlo, y me sumí en la preocupación, porque no tenía ni la más remota idea de qué me estaba sucediendo. Aunque quizá lo sabía demasiado bien, y me asustaba que fuera realmente lo que me temía.

Recuerdo intentar aclarar mi mente con lo que había sucedido hacía tan solo unos minutos, y todavía no podía sacar ninguna conclusión convincente porque tampoco conseguía recordar cómo había sucedido todo. Castillo consultó la hora y me la dijo casi con un susurro, consiguiendo alejarme de mis pensamientos de camino de vuelta al callejón, y al hecho de que en muy poco tiempo habíamos conseguido estar suficientemente presentables como para finiquitar el trabajo que nos había traído aquella noche a la vieja Barcelona de una forma digna.

Abandonamos juntos el callejón atravesando el tráfico de transportes de carga en dirección a Feixa Llarga mientras intentaba disimular las vueltas que me daba la cabeza al intentar realizar cada maldito paso. Fue entonces cuando me percaté de que alguna cosa había cambiado. Algo casi imperceptible pero significativamente distinto. La forma en que percibía mi alrededor. Quizá sencillamente no había mirado ni percibido las cosas de la forma como ahora lo hacía. Quizá como consecuencia directa de lo que había experimentado. El maldito Blackout. Aunque quizá podía ser producto directo de mi aislamiento a causa de mi antiguo trabajo. Mi viejo contrato con la Crown-Hentai.

La multitud inundaba la calle. Siempre había sido así, al menos desde que tenía uso de razón. Pero tenía la sensación de que todo había cambiado.



Todo parecía igual pero sabía que había alguna sutil diferencia que no sabía distinguir todavía. Era como ver con los ojos de otro. Todo estaba ahí. Siempre había estado ahí y ya lo había visto. Pero quizá no había mirado con suficiente atención. Las aceras estaban demasiado populosas, llenas de transeúntes que se movían bajo la lluvia como en un hormiguero masificado en extremo de grandes y orondos insectos oscuros.

En medio del asfalto, el incansable tráfico de la Zona Franca estallaba con luces, gases y ruidos que se perpetuaban en un insomnio obligado por una ciudad caóticamente masificada y perpétuamente ansiosa. Un tráfico que aún era sorprendentemente fluido para alguien que había nacido en el Gran Ensanche.

El cielo negro cobraba un extraño verde oscuro, putrefacto, mientras unos indefinidos astros de color amarillento se perdían entre nubes de gas y contaminación de altos niveles de la ciudad. Pero había algo más. Percibía un hedor intenso, abrumador. Un hedor salino del mar que había invadido el Llobregat desde la Gran Crecida cambiando el aspecto de la costa del sur de la ciudad y dotándola de ese nuevo perfume que jamás había sentido antes con tanta intensidad. Quizá siempre había sido así, pero aquello era como abrir los sentidos después de afinarlos por primera vez.

Castillo andaba delante de mí, abriendo paso, mientras se giraba de vez en cuando cabeceando hacia mí con cara de preocupación. Aunque le tenía a él delante me resultaba extrañamente difícil no chocar con ninguno de los transeúntes atrapados en aquella acera del Distrito Social de Feixa Llarga. No parecía que fuéramos bien de tiempo y cuando por fin llegamos a nuestro vehículo situado en una zona de aparcamiento aéreo, casi me pareció un milagro.



Hacia demasiado tiempo que no movía por zonas tan densamente pobladas como para que me pasara desapercibida la angustia que me suponía hallarme en medio de toda aquella masificación y de todo aquel bullicio. Me había acostumbrado a vivir mucho más tranquilamente, alejado del estrés urbano, alejado de la ansiedad metropolitana. Para ser sincero, me había alejado mucho de la sensación que personalmente había bautizado como la "Dimensión Desconocida". Del hecho de que hubiera vuelto después de cuatro años de ausencia no podía llamarse de otra forma que un cautiverio obligado.

El deslizador se alzó por encima de los oscuros edificios de los Edificios Sociales y se unió al tránsito aéreo de la Zona Franca siguiendo un vector programado hasta una dirección que Castillo y yo habíamos tenido muy en mente durante las últimas horas. Mientras los reflejos y destellos de la noche barcelonesa se deformaban reflejados sobre la superficie del vehículo y la lluvia resbalaba sobre los cristales, volví a pensar en el incidente del pub mientras estaba sentado en mi cómoda butaca. Intenté poner en orden mi cabeza de una vez por todas.

Por muchas vueltas que le diera, todas las piezas de un complicado rompecabezas se iban uniendo hasta formar una clara, limpia y concisa sospecha. No podía tratarse de secuelas debidas a las drogas. El único origen que se me ocurría para mi alteración era la razón por la que había abandonado mi anterior trabajo. De todas formas había oído comentarios de compañeros que se habían visto obligados a abandonar también el trabajo antes que yo mismo, debido a circunstancias parecidas a las que yo mismo había sufrido, pero nunca había oído a nadie que afirmara haber llegado a extremos como el mío.



El viejo contrato con la Crown-Hentai se había convertido en algo más que un simple trabajo. Se había convertido en una forma de vivir. Cuando firmé el contrato estaba cegado por la cantidad de beneficios que me podía comportar, y durante mucho tiempo valió la pena, hasta que las cosas empezaron a salir de su cauce. Durante seis años presté mi cuerpo al desarrollo de la tecnología de la corporación para la que trabajaba.

Entre sus múltiples facetas se hallaba la fabricación de implantes neuronales cibernéticos: portales de acceso que permitían acceder a lo que conocemos como la Matriz, la gran conjunción universal de Información, directamente desde el sistema nervioso, conectando todos los sentidos a una realidad completamente digital. En un principio el trabajo parecía algo arriesgado, pero la remuneración era francamente buena y parecía que era suficiente compensación.

Me implantaron las nuevas conexiones directamente a mi sistema nervioso y me pasaba horas y días enteros probando su eficacia y su velocidad de acceso.

Uno de los primeros problemas que surgieron fue que el ancho de banda era tan amplio e intenso que la cantidad de información que mi cerebro recibía era mayor que en circunstancias normales. Procesaba más información de lo que los sentidos hubieran transmitido a mi cerebro en circunstancias normales. El resultado fue un desfase de percepción entre el tiempo en que permanecía conectado a la Matriz y el tiempo en que permanecía fuera de ella. Tenía la sensación de que había transcurrido más tiempo en el interior del que realmente había sido.



En el mundo real podían haber transcurrido tres horas. Dentro de la Matriz ese mismo tiempo podía traducirse en semanas enteras. Me alejé de mi familia, de mis conocidos, trabajando cada vez más y más horas. Terminé convirtiéndome en un adicto a la red digital.

Cuando volvía de mis viajes empecé a percatarme de que algo funcionaba mal. De alguna forma, mi metabolismo cambiaba y se adaptaba al ritmo temporal de la Matriz por la cantidad de información que mi cuerpo recibía y por el tiempo que creía permanecer allí dentro. La realidad exterior, el mundo real, era cada vez más extraña y distinta. Empecé a llamar a ese efecto, a esa sensación de desajuste, "La Dimensión Desconocida" como un simple chiste, porque era una sensación que empezó a parecerme divertida. Todavía no me percataba de lo que aquella de-sincronización podía llegar a significar.

Con el tiempo, la Crown-Hentai perdió el monopolio de los implantes de acceso neuronal y se vieron obligados a luchar con la competencia. Se propusieron mejorar sus productos de cara al público, lo que les obligó rebajar precios, recortando costes. Consiguieron aumentar beneficios pero se convirtió en una carrera contra-tiempo. Castillo estaba sentado a mi lado, en la butaca del conductor, con el puño bajo la barbilla. Y con la mirada perdida en la trayectoria trazada en el monitor del ordenador de abordo. Fijado en el vacío, mi compañero permanecía en silencio. Un silencio sepulcral.

En el momento en que iba a romper el silencio y contarle lo que había pensado, una luz en el monitor de navegación me llamó la atención. Una ligera luz blanquecina. Muy pálida. Aunque con una cierta tonalidad azulada, como eléctrica. Estaba exactamente sobre el monitor, pero cuando intenté



apartar la mirada, la luz también se movió. Permanecía siempre en el centro de mi mirada. Como la retención luminosa que permanece en los ojos después de observar fijamente una luz demasiado potente. Pero ésta iba aumentando de tamaño progresivamente, llenando poco a poco el espacio de la carlinga del vehículo con su cegador destello.

Miré a Castillo y la luz le cubrió a él también, impidiendo que pudiera verle. Solo podía ver su silueta. Remarcada con líneas blancas sobre un fondo gris oscuro, casi negro, al igual que todo el interior del deslizador: los colores quedaron diluidos en la luz blanca, desapareciendo. Como en una imagen en negativo. La estática crecía penetrando más y más en mis oídos. Entonces el dolor. Volvió de forma muy intensa. Como una aguja de frío acero clavándose en la base de mi cráneo. El hemisferio derecho de mi cabeza parecía a punto de estallar. Grité desesperado a causa del insoportable dolor que me devoraba el alma.

Recuerdo imágenes difusas. Castillo a mi lado, agarrando mi brazo. Gritando. Intentando hacer algo mientras yo me retorcí por el dolor en la butaca del deslizador. No recuerdo cuánto tiempo transcurrió. Seguramente perdí la noción, como en mis viajes por la Matriz. Aunque ahora no estaba conectado. Me hallaba en la Dimensión Desconocida. El extraño cielo de color verde con aquellas estrellas amarillas se abrió ante mí y por unos instantes creí que se trataba del paraíso.

“¿Estás bien Horacio?” me preguntó Castillo. Miré hacia el cielo en dirección hacia donde provenía la voz. Me asusté de verdad al verle. Aquello no podía ser real. Nunca había visto nada parecido. El cielo, las estrellas, hasta los edificios más lejanos parecían estar bien. Eran normales. Pero no todo lo demás. Castillo se había convertido en una versión negativa de él mismo. Al



igual que el deslizador que se encontraba detrás suyo y los edificios más cercanos. Todo parecía una locura. Todo el mundo a mi alrededor parecía estar formado por extrañas y complejas siluetas sacadas de un gráfico fractal en movimiento. Líneas irreales bordeando cuerpos transparentes que se unían las unas con las otras formando un universo absurdo e incomprensible. Mucho más tarde pude darme cuenta de que aquello que veía, aquello que mis sentidos percibían, era la energía del mundo que me rodeaba.

Miré a Castillo y le sonreí. No podía ver ya ningún atisbo de preocupación en su cara. Su mirada era ahora mucho más escéptica. Le pregunté cuanto tiempo había permanecido inconsciente, porque no recordaba cómo habíamos aterrizado en aquel edificio. “Tu no te has visto los ojos” me respondió. “Ahora al menos ya no te retuerces ni gritas como un cerdo en el matadero” siguió. Se quitó las gafas de sol y me las ofreció. “Ponte las gafas, pasarás más desapercibido, créeme”.

“Si, me encuentro mucho mejor” le respondí mientras cogía sus gafas. “Ahora la cabeza ya no parece que me vaya a estallar” Miré mis ojos en el reflejo de las gafas. Se habían vuelto completamente blancos. Los iris habían desaparecido. En su lugar había un brillo azulado.

Castillo se levantó del suelo después de que me cubriera los ojos con las gafas y se dirigió hacia el deslizador. “Si te encuentras mejor, seguiremos nuestro camino. Te has pasado más de quince minutos echado en el suelo y tenemos unos horarios que ya no podemos cumplir.”

En lo que quedaba de nuestro viaje hasta Avenida Tarradellas no se refirió en ningún momento a mi estado, a lo que me había ocurrido o tan siquiera



a mi aspecto. Su cara era demasiado inexpresiva como para adivinar lo que le pasaba por mente. Quizá le quitaba importancia a lo sucedido, como si cada día trabajara con gente a la que le suceden ataques repentinos y empiezan a retorcerse por el suelo y a gritar de dolor mientras las esferas de sus ojos adoptan un aspecto completamente blanquecino. Quizá estaba demasiado desconcertado para hablar del tema. Aunque lo más probable era que le importara una mierda.

Aterrizamos sobre un edificio en la Calle Nicaragua, una calle adyacente a la Avenida Josep Tarradellas. El antiguo sector de Sants había quedado parcialmente abandonado después de la creación del nuevo trazado de carreteras de acceso cuya arteria principal se elevaba por encima de la vieja Avenida Diagonal más allá de los antiguos edificios de la zona. Un distrito entero medio abandonado y con la ausencia casi absoluta de vida en la calle. Solo las ratas se amontonaban cerca de las cloacas y de los contenedores de basura. El lugar perfecto para un encuentro clandestino.

Al salir del vehículo nos recibió una densa descarga estática de las antiguas lámparas halógenas que rodeaban la Avenida. Me di cuenta de que Castillo ni siquiera se había inmutado por la sensación eléctrica. Descubrí una sensación nueva para mí: Tenía la cabeza mucho más fresca, como si hubiera sentido las cosas de la misma forma desde el día que nació. Parecía que mi cuerpo se estaba adaptando a esa nueva perspectiva.

Los dos descendimos las escaleras del edificio con una cierta rapidez en la puerta trasera de una antigua tienda del barrio. "Las diez y media" puntualizó Castillo, sin mirar a su reloj. Mi compañero ralentizó su paso y yo hice lo mismo mientras cabeceé hacia donde Castillo había centrado su



mirada. Había dos tipos de pie, en medio de la zona de transeúntes de la Avenida, con un deslizador blindado detenido tras ellos. Tenían aspecto de haber estado esperando demasiado tiempo.

Vestían ropas corporativas oscuras, con abrigos de diseño, de piel sintética reforzada con kevlar, cabello cortado al cepillo y aspecto de seres humanos perfectos, casi clónicos entre ellos. Una potente luz azulada se desprendía de sus cuerpos ante mis sentidos. Era muy probable que la intensa estática que había percibido no proviniera de las farolas de la avenida. Aunque exteriormente parecían completamente humanos, bajo un tejido muscular artificial que se acercaba a la perfección orgánica, probablemente se escondía la vanguardia de la tecnología cibernética de última generación.

No había tenido demasiadas oportunidades de toparme con asesinos cibernéticos con anterioridad, pero había oído comentarios de que dentro de sus cabezas se escondía un cerebro y una mente artificiales que, a pesar de no ser como el cerebro humano, era un órgano que no necesitaban para estar programados como cazadores letales e infalibles.

Los músculos de Castillo se tensaron involuntariamente debajo de su ropa y pude ver el destello energético del arma que acababa de conectar, colgando de la parte trasera de su cinturón, cuando nos detuvimos delante de los dos corporativos. Mi buen compañero no había perdido el costumbre de la precaución. Mi arma también estaba cargada: en los últimos meses se había convertido más en una obligación que en una costumbre. Me ajusté las gafas cuando les vi dispuestos a registrarnos con sus visores Baush-Rehnhard de vinilo-obsidiano: Visores identificadores de identidad a nivel psico-neural.



Si alguien en la Waevung hubiera querido borrarlos del mapa, simplemente hubiera tenido que transmitir archivos equivocados a esos tipos para que sus visores les proporcionaran una identificación negativa. Probablemente Castillo o yo no sobreviviríamos a un enfrentamiento con estos tipos, y mucho menos en la situación en la que me encontraba, a la cual todavía no me había habituado completamente.

El tipo que verificaba mi identidad se tomó más tiempo del normal. Al terminar me miró de forma extraña, como si hubiera recibido alguna lectura extraña en mi identificación. Quién lo hubiera dicho. "Horacio Vega" afirmó el cibernético mientras me miraba fijamente y casi podía ver sus ojos a través del visor que los cubría. "Soy yo" le respondí.

Permaneció en silencio observándome durante unos instantes y casi podía cortar con una hoja la tensión que flotaba en el aire. Parecía como si esperase alguna respuesta silenciosa, que ni Castillo ni yo pudiéramos oír. Dudó durante unos instantes. Sentí el frío sudor que descendía por mi espalda. Para sorpresa mía, el cibernético siguió momentos después con el protocolo sin más miramientos. Después, los dos tipos extrajeron una unidad de almacenamiento portátil del interior de su vehículo. Aquel era nuestro paquete, el billete de retorno a la Waevung. Miles de Terabytes de archivos secretos almacenados en una unidad de almacenamiento biotecnológica. Una importante cantidad de archivos corporativos confidenciales que seguramente valían miles de veces su peso en oro. Al menos ese era el paquete que habíamos venido a recoger. No sabíamos a quién pertenecían, ni tampoco para quién trabajaban esos tipos. En este trabajo aprendías rápidamente a no hacer preguntas antes de descubrir que jamás te serían respondidas.



Mi compañero recogió la unidad de almacenamiento mientras yo le observaba a él y a los otros dos. Observaba como se movían sus siluetas. Como la energía orgánica amarillenta del cuerpo Castillo contrastaba con las fluctuaciones azuladas de los cuerpos de los dos seres cibernéticos.

Todo parecía en orden. Mi compañero empezó a andar en dirección a nuestro vehículo y yo le seguí, mientras los otros dos volvían también a su deslizador. Todavía podía sentir la estática de sus cuerpos cuando los habíamos dejado atrás y nos acercábamos a nuestro deslizador. Algo me llamó la atención.

La estática cambió repentinamente. Un cambio muy ligero. Casi imperceptible. Pero fue una sensación que me obligó a cabecear hacia atrás. Justo a tiempo para ver a los dos corporativos alejarse de su vehículo y empezar a correr en nuestra dirección, mostrando las armas que llevaban escondidas bajo sus atuendos. Algo había funcionado mal. Daba la sensación de que los dos tipos habían recibido nuevas órdenes.

No había tiempo para las palabras. Grité a mi compañero y no tuve demasiado más tiempo antes de que las armas de los cibernéticos empezaran a escupir fuego y metal en nuestra dirección. Castillo se lanzó al suelo mientras intentaba proteger la unidad a la vez que agarraba su arma. La mía estaba en mis manos, y apoyándome contra una pared empecé a disparar.

Desde el primer momento, aquel tiroteo estuvo descompensado. Los dos asesinos usaban subfusiles de alta precisión, con una carencia de fuego muy superior y mortífera que la de nuestras armas de mano. Con mi nueva



percepción, podía ver como los proyectiles trazaban en el aire líneas blancas que buscaban mi cuerpo y el de Castillo.

Poca cosa podía hacer a parte de correr y buscar un lugar para protegerme y fue lo que le propuse a mi compañero. Nuestra prioridad era salvar la unidad y Castillo fue directamente hacia nuestro vehículo mientras yo intentaba cubrirle parapetado tras una esquina de un edificio de la calle Nicaragua. Los proyectiles de sus subfusiles chocaban contra la pared del edificio. A través del cemento y de los ladrillos casi podía percibir la energía fluctuante de nuestros perseguidores. Pero lo que podía sentir fuerte y con claridad era la estática que desprendían los cuerpos cibernéticos.

Se movieron rápidamente. Solamente tuve el tiempo suficiente para recargar mi arma con balas anti-blindaje. Para cuando me di cuenta, uno de los asesinos había alcanzado mi posición y su mano atravesó el aire vertiginosamente atrapando mi cuello y alzándome en el aire. Como medida desesperada de supervivencia, apoyé como pude el cañón de mi arma contra su pecho y apreté el gatillo con fuerza sin soltarlo un solo instante hasta que el cargador se vació a bocajarro atravesando la masa orgánica de músculo artificial del cibernético. La mano soltó su presa: mi cuello se vio liberado de su garra mientras le veía trazar un arco en el aire que le llevó a chocar sonoramente contra un vehículo aparcado en la calle, reventando sus cristales y abollando su estructura.

El asesino permaneció casi inerte en el suelo. Con su pecho humeando y con los ojos mirándome, completamente abiertos. Su cabeza se movía con ligeros espasmos sin articular sonido alguno; sabía que no había acabado con él pero había conseguido herirle de gravedad. En aquel mismo instante pude oír los motores del deslizador ponerse en marcha detrás de mí.



Castillo lo había conseguido. En mis manos, la pistola humeaba. El calibre y la densidad de las balas anti-blindaje la habían recalentado y la habían dejado inutilizada.

Por encima de los edificios, pude ver el deslizador de Castillo intentar maniobrar alzándose en el aire, con el otro cibernético subido sobre la parte trasera del vehículo. Mi compañero intentaba deshacerse de él maniobrando el vehículo a un lado y a otro con muy poca habilidad. El arma del cibernético al que había conseguido derribar estaba en el suelo. Un subfusil Ingram-Glock de alta precisión. Cuando me lancé sobre ella, pude sentir la mano del asesino agarrar mi pierna con fuerza, consiguiendo desequilibrarme y hacerme caer al suelo. Levantarme, huir y salvar mi pellejo fue lo primero que pasó por mi mente, pero la estática del arma que terminaba de conectarse me hizo detenerme.

El cibernético estaba de pie, detrás de mí, con una masa escarlata, viscosa y humeante sobre su pecho, preparado para ejecutarme sin contemplaciones allí mismo. No se lo pensó dos veces. Apretó el gatillo sin vacilar. El arma vació buena parte de su metal. Mi cuerpo rebotó contra el suelo decenas de veces debido a los impactos de los proyectiles, salpicando de sangre caliente los ladrillos y la acera mientras las balas agujereaban mi cuerpo. Las gafas de Castillo volaron destrozadas en cientos de añicos.

No sé qué ocurrió con Castillo. Seguramente hizo lo que yo hubiera hecho en su lugar. Deshacerme del cibernético y huir con el deslizador y la unidad de almacenamiento, antes de arriesgar mi pellejo por un compañero sobre quien acababan de vaciar un cargador entero. Trabajábamos para una corporación. Su sangre era la información, no la gente. Yo le hubiera dado por muerto en su lugar. El dolor era indescriptible. Tenía tanto metal dentro



de mi cuerpo que hubiera vuelto locos los detectores de metales del viejo Aeropuerto del Prat sin siquiera abandonar la zona de Taxis.

La vida se apagaba lentamente. Poco a poco. Mientras un charco de sangre llenaba la acera alrededor de mi cuerpo. Una lluvia de imágenes me invadió la mente. Imágenes de la corporación. Grandes salas cargadas de alta tecnología Crown-Hentai. Sensaciones de conectarme los puertos de acceso a mis implantes. Sentir mi espesa alma absorbida por la Matriz. Y también el último prototipo que probé. Aprovechaba la carga eléctrica del cuerpo humano para acelerar la velocidad de acceso y navegación en la Matriz. Su potencia me frió el sistema nervioso. Por muy poco no abrasó mi córtex cerebral. Faltó poco para terminar como un vegetal en una oscura y fría sala de urgencias de un hospital clandestino perdido de la mano de Dios.

Después de considerarme no-útil para seguir en la corporación, me dieron puerta amablemente con un retiro permanente. Me pasé tres años enteros llenándome el cuerpo de drogas para intentar vencer la ansiedad que sufría por mi ausencia de la Matriz. Hasta aquel otoño en Marraquesh donde conocía a Castillo. Trabajaba para la Waevung. Estaba seguro de que un nuevo trabajo me ayudaría a superar mi dependencia. Estaba equivocado, aunque mi cerebro hizo un buen trabajo engañando a mi cuerpo durante algún tiempo.

Y aquí me tenéis. Echado sobre una acera de la calle Nicaragua, en la vieja Barcelona. Justo en medio de un mundo al cuál hace mucho tiempo que deje de pertenecer. Dejando que la vida se me escape poco a poco, ante la imposibilidad de poder impedirlo. Tarde o temprano nos llega la hora a todos. Aunque es algo que nunca se puede prever. Cuando llega el momento, uno no puede hacer otra cosa que resignarse. El cielo todavía es



verde y las estrellas son amarillas. Los edificios más lejanos, al otro lado de Tarradellas, aún parecen normales, y venas cargadas de energía todavía se mueven vivas en el interior de cada objeto que se encuentra cerca de mí. Por el interior de la ciudad negativa. Casi no puedo sentir mi cuerpo. Se ha tomado un rato libre dejando a mi cerebro solo. Pero aún puedo sentir la estática de los dos tipos que se acercan hacia mí.

En un primer instante no soy capaz de percatarme de ello, pero después puedo verlo en sus caras, en la ropa de sus trajes corporativos. Una luz amarillenta, casi blanca, que contrasta con la fluctuación azulada de sus cuerpos. Los dos me miran expectantes pero distantes. Sorprendidos de contemplar un hecho bastante anormal pero que tampoco va a cambiar sus vidas programadas. Y yo me pregunto, ¿qué debe tener de anormal para ellos ver a alguien morir? O quizá no sea ese hecho el que les llena de sorpresa. La energía de sus cuerpos fluye limpia y constante. Potenciada por generadores de alta condensación, estos seres cibernéticos tienen para décadas y décadas de vida antes de que sus baterías se terminen. Una longevidad mucho mayor que la de una persona humana. Y si alguna parte de su cuerpo se estropea, solo necesitan acudir a mantenimiento y cambiarla por una nueva.

Uno de los dos cibernéticos se acerca hacia mí y se arrodilla a mi lado. Me observa atentamente. Su brillo amarillento se hace más visible. Es como un reflejo. Y entonces me doy cuenta de ello. Es un reflejo. La luz amarillenta proviene de mí. El reflejo de mi propia energía. Invasión por la curiosidad de lo que está presenciando, el cibernético acerca su mano hacia mí intentando tocarme. Intentando quizá conocer mejor una experiencia desconocida a través del contacto. O simplemente recibiendo órdenes de una tercera persona.



Con solo tocar mi cuerpo, siento como la mano del cibernético absorbe mi alma. Devora mi energía. Me arranca de mi cuerpo con un latigazo. Alejándome del barco que se hunde sin remedio en un abismo eterno. Una sensación eléctrica, incisiva, torrencial, que me parece reconocer a pesar de las distancias. Es como conectar mis implantes neuronales a los portales de acceso de la Matriz después de que una indescriptible ansiedad te empujara a conectar el interruptor. Penetrar en el torrente de acceso después de años de infierno, alejado del placer máximo de surfear con libertad infinita por complicadas construcciones digitales, más allá de las simples tres dimensiones. Con un cuerpo necesitado de volver a sentir los corrientes de electrones atravesar su más profunda esencia de arriba abajo y que grita con desesperación clamando huir del mundo que le atrapa: la Dimensión Desconocida, la sensación que le recuerda cada instante que se halla en el mundo que no le deja volver a la Matriz.

Cuando vuelvo a abrir los ojos sé que no estoy en mi cuerpo. Horacio Vega se halla en el suelo, abatido, muerto, en medio de un charco de sangre ya fría. La vida le ha abandonado. Yo le he abandonado. Su cuerpo está vacío. Sus ojos han recuperado sus irises y han dejado de brillar. No me detengo a hacer preguntas absurdas sobre algo que jamás podré entender. Solo me queda ser agradecido.

Me incorporo y miro fijamente al cibernético que permanece de pie detrás de mí observando el cuerpo fallecido. Su pecho está reventado y destrozado por la descarga de balas anti-blindaje de mi pistola. Puedo sentir con total claridad el torrente de datos que corre por su cerebro artificial. Alguien le comunica que han perdido el contacto con su compañero. Le ordenan que verifique su estado y que informe sobre qué está ocurriendo. El cibernético cabecea hacia mí. Sus ojos me analizan. Instantes antes de que alce mi



arma, el cibernético parece reconocer algo anormal en el cuerpo de su compañero. El subfusil canta una bella canción de agradecimiento. Con su cuerpo inerte en el suelo y despojado de cualquier energía que le dé vida, después de haber reventado su cerebro cibernético, me apropio de su arma y de su munición. Sea cual sea la corporación a la que pertenece vendrán a recuperar su cuerpo.

Atravieso decidido la Avenida Tarradellas en dirección al deslizador blindado y subo dentro de él. Cuando el dispositivo hidráulico termina de cerrar la puerta, me detengo unos instantes y me reposo la cabeza sobre el respaldo del asiento. Una ligera sonrisa se dibuja en mis labios cuando leo una inscripción en los controles del vehículo. El nombre de una corporación que conozco demasiado bien. Crown-Hentai. Vuelvo a encontrarme con viejos recuerdos. Este es solo el primer paso.

Mi mente está fresca y viva. Quizá mucho más de lo que lo había estado en mucho tiempo. Aunque no tanto como surfeando la Matriz. Alzo la mano y la observo de cerca. Las venas de energía fluctuante que recorren mi brazo y el resto de mi cuerpo han dejado de ser amarillentas para tomar una coloración verdosa. Delante del vehículo, Barcelona sigue siendo negativa. Accedo a la consola de navegación del deslizador. Tardo unos minutos en acceder al menú de detonación. La verificación la realizo con la retina de mi nuevo cuerpo.

Cuando abandono el deslizador, me dirijo con toda rapidez hacia al suburbano de la ciudad. La boca más próxima está a pocas decenas de metros, junto a la estación de tren terrestre, Sants Estació. Cuando desciendo las escaleras de la boca de metro, puedo oír perfectamente la detonación del vehículo detrás de mí.



En las horas siguientes realizo rutas alternativas en el metro suburbano, efectuando trasbordos entre líneas sin un destino aparente, intentando desviar la atención sobre mí. Asegurándome de estar fuera del alcance de las cámaras de seguridad, me desprendo de mi abrigo de kevlar corporativo cambiándoselo a un tipo por su vieja gabardina de color verde militar. El cambio parece alegrarle la semana. Hasta que se percata de las arma que cuelgan de mi costado. Cuando estoy seguro de que nadie me está siguiendo, accedo a la línea roja del suburbano. No puedo volver a mi apartamento, debo diluirme en la superpoblación de la ciudad. Impedir que me encuentren hasta haber trazado un plan. Necesito tiempo.

Me separan pocos minutos de las tres de la mañana cuando asciendo las escaleras de la boca de metro del corazón de la vieja ciudad, la parada de Liceu. Cruzo la jungla humana que desciende por las Ramblas como un torrente y avanzo decidido hacia la calle de la Boquería. Me pierdo en las callejuelas del Raval, el viejo barrio de la ciudad. Refugio de perdedores, prostitutas, malhechores y fugitivos. Un lugar perfecto para el que quiere pasar desapercibido. Nadie va a hacer preguntas. Hay tanta gente que se esconde aquí, perseguida por la ley o por cualquier motivo, que solo pueden hacerte sentir como en casa. El aspecto de este lugar es lamentable. Suministro insuficiente de electricidad, ausencia total de servicios de mantenimiento y de limpieza en las calles, y una alarmante superpoblación desprovista de cualquier recurso forman un panorama digno de olvido.

Consigo encontrar una pensión de mala muerte después de adentrarme en una pequeña calle ocupada por ramera y transexuales ejerciendo el oficio de la prostitución, asegurando estar capacitadas para hacerme llegar al paraíso. El edificio en cuestión parece estancado en el siglo diecinueve. Barras de sujeción evitan que la estructura de un edificio que debería estar



desalojado desde hace décadas se venga abajo. Las paredes empapeladas de un color blanco amarillento, con líneas verdes llenas de humedad y agujeros que dejan ver los ladrillos de la pared.

El amo de la pensión es un viejo de aspecto mestizo, calvo y con el poco pelo que le queda recogido en una coleta de escaso y enzarzado pelo blanco. Casi no puede sujetar ni su alma. Cuando me acerco hasta él, me contempla intrigado. Le pido una habitación. Se incorpora de su butaca con desgana y cansancio y se pone unas gafas de gruesa pasta negra para observarme mejor. Extrae una tarjeta de plástico verde con un número pintado con rotulador negro de una pequeña estantería para luego introducirla en una pequeña consola. La energía que desprende el pequeño aparato es muy leve. Ni siquiera está preparado para conectarse a ningún tipo de red de información externa.

El viejo se esfuerza en teclear datos en el teclado del pequeño ordenador concentrado en la pequeña pantalla monocromática. "Serán veinte euros por la noche. La habitación veintiséis está disponible. Segundo piso, al fondo y a la izquierda. ¿A que nombre lo apunto?" termina por preguntarme. Yo le miro fijamente cuando cabecea hacia mí esperando una respuesta. Entonces sonrío y le respondo. "Vega. Horacio Vega."

Después de introducir mi nombre y mis datos en el pequeño ordenador, el anciano se acerca muy costosamente hasta una pequeña estantería de madera del cual extrae una pequeña llave de metal que termina por entregarme. Cuando lo hace siento una extraña sensación dentro de mi cuerpo, una necesidad que jamás pensé que volvería a sentir. Ante mi expresión de sorpresa, el viejo me mira intrigado. Yo también le miro y sonrío mientras le pregunto "¿No tendrá un cigarrillo por casualidad?".



La habitación es todo lo que cabía esperar. Pequeña, vieja, fría y austera. A pesar de los inconvenientes se presenta como el escondite perfecto para pasar unas cuantas horas. Fuera, en la calle, el silencio no es algo que se encuentre muy presente, y da la sensación de que siempre va a ser así. La cama es demasiado corta para mi nuevo cuerpo, así que, como tampoco parece necesitar descanso, decido sentarme sobre el colchón, con la espalda apoyada contra la pared, mientras contemplo la pared de ladrillo que se encuentra tras el antiguo televisor. En todos estos años nunca me había encontrado tan cerca de lo que creía imposible.

La posibilidad de volver a penetrar en la Matriz es como un dulce perfume que envenena de deseo: pero no es suficiente. Es la posibilidad de venganza lo que realmente me llena y el motivo por el cual deseo como nada más en este mundo volver a la Crown-Hentai. Estoy seguro de que no tardaré en encontrar la forma de conseguirlo.

Enciendo el cigarrillo que me ha proporcionado el anciano y le doy una lenta pero sabrosa calada mientras siento como el humo del tabaco penetra por mi garganta. Cierro los párpados mientras me preparo para disfrutar de unos minutos de tranquilidad. Alejo mi mente de todo lo que ha sucedido esta noche y no pienso en nada más.

Cuando vuelvo a abrir los ojos la habitación de la vieja pensión ha desaparecido. De hecho, me doy cuenta rápidamente de que ni tan siquiera me encuentro en el Distrito del Raval: el nivel de estática eléctrica es demasiado elevado para el viejo edificio de la pensión. Tanto que me es imposible sentir nada más por encima del zumbido de energía.



Quizá no me encuentre ni tan siquiera en la ciudad de Barcelona. No puedo ver más que una maldita pared blanca por mucho que abra los ojos y tampoco puedo moverme. Mi cuerpo está inmovilizado de alguna forma que no me permite ni tan siquiera sentirlo. El resto de mis sentidos han sido anulados. Pasados unos minutos empiezo a ponerme realmente nervioso.

Largos minutos, quizá horas, de confinamiento absoluto. Pierdo completamente el contacto con la realidad. La consciencia del tiempo. No hay ninguna forma de liberarme, o al menos no consigo descubrir ninguna en todas las veces en que intento luchar para sentir mi propio cuerpo. Puedo imaginarme perfectamente donde estoy. No puede haber muchos lugares en Barcelona ni en ningún otro lugar con esta potencia de suministro de energía. Ni demasiada gente capacitada para rastrear mi nuevo cuerpo e inmovilizarlo de esta forma.

He sido un imbécil al creer que la Crown-Hentai no me encontraría. Que no podrían rastrear un ser artificial de su propiedad. Nada de esto es lo que yo había planeado. Si me encontrara en mi viejo cuerpo humano, ahora mismo estaría sudando y mi corazón estaría considerablemente acelerado producto de ansiedad y el terror. Las pupilas de mis ojos se dilatarían y se produciría un nudo en mi garganta que me impediría tragar saliva con facilidad.

La estática se hace más intensa y mi aislamiento se ve quebrantado: puedo sentir un contacto frío en mi nuca, punzante, como una estaca de acero penetrando en mis cervicales. Abriéndose paso por mi cuello, penetrando en la columna vertebral y accediendo directamente al sistema neuronal, tensando cada uno de los músculos y tejidos artificiales de mi cuerpo. Una masiva ola de energía invade y sacude mi cuerpo de un latigazo. Pierdo la consciencia. Blackout.



Cuando el dolor termina ya no estoy en mi nuevo cuerpo. La oscuridad absoluta me envuelve. Ya no puedo sentir nada, ni siquiera la intensidad de la estática. Desearía con toda mi alma haber vuelto a la Matriz.

“Buenas tardes, Horacio.”

El eco de la voz resuena hasta en el más remoto rincón de mi esencia.

Si pudiera, gritaría.

Autor: Jordi Armengol Carner; L’Ametlla del Vallès, Barcelona, España.

Título Original: "Malviatge" Relato finalista en la III Edició dels Premis Manuel de Pedroló de Ciència Ficció i Fantasia en català (1999).

Versión revisada y traducida al castellano por el autor.

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.